XII. EL VALOR DEL CARÁCTER

El carácter es fuerza. Es influencia. Gana amigos, allega riquezas, logra independencia y abre fáciles y seguros caminos a la fortuna, el honor y la dicha. — J. HAWES.

Me solicitan determinados negocios; pero mi carácter está siempre tras de mí. — SHERIDAN.

El carácter debe traslucirse en todas las cosas: en el discurso, el poema, el cuadro y el drama. Nada de esto vale un ardite sin el carácter. — J. G. HOLLAND.

El carácter es como el diamante que talla las demás piedras preciosas. — BARTOL.

Sé noble; y la nobleza que dormida, pero nunca muerta, late en los demás, despertará para unirse a la tuya. — LOWELL.

E decía un patricio a Cicerón:

— Sois plebeyo.

A lo que repuso el insigne orador:

— Soy plebeyo, es verdad. Pero la nobleza de mi familia empieza en mí, y la de la vuestra acabará en vos.

Anistágoras estaba de visita en la corte del rey Cleomenes de Esparta, y convencido de cuán difícil es persuadir a un hombre a que obre mal si con él está un hijo suyo, le rogó que mandase salir de su presencia a su hija Gorgo, de diez años de

edad, pues había de decirle algo que la niña no debía oir. Pero Gorgo se abrazó a los pies de su padre, y al escuchar las proposiciones que a éste le hacía Anistágoras, prometiéndole ricos tesoros si le ayudaba a apoderarse del trono de un país vecino, le tomó de la mano, al verle vacilante e indeciso, y exclamó: «Padre, vámonos de aquí, porque si no, este extranjero te hará cometer una injusticia». El rey Cleomenes se marchó con su hija y pudo librarse de la deshonra en que estaba a punto de caer y arrastrar en ella a su país. Aun en los niños es una fuerza el carácter.

En un periódico inglés, relató el siguiente caso el mismo caballero a quien le había sucedido:

«Iba yo por las calles de Edimburgo, una noche muy fría, cuando se me acercó un muchacho vendedor de fósforos, andrajoso y descalzo, que ofreciéndome su mercancía me dijo:

— Cómpreme usted fósforos, caballero.

— No necesito.

— Nada más que un penique la caja.

— Está bien; pero ya ves que no necesito.

— Le daré a usted dos cajas por un penique.

Accedí por quitármelo de encima; tomé la caja y le puse en la mano un chelín para que me devolviese el cambio; pero como el muchacho no lo tenía, le dije:

— Pues mira, mañana te compraré la caja.

— No, no; cómpremela usted esta noche. Tengo mucha hambre. En seguida traigo la vuelta.

El muchacho desapareció con el chelín y yo me quedé esperándole; pero pasaba tiempo y no venía, por lo que di ya por perdida mi moneda, si bien en el semblante del muchacho había visto yo algo que alejaba de él toda mala sospecha.

Ya muy entrada la noche y vuelto yo a mi casa, vino la criada a decirme que un muchacho deseaba hablarme. Era el hermano menor del fosforero, más andrajoso y paliducho todavía que éste. Por un momento se detuvo a registrar entre sus andrajos como quien busca algo, y dijo al fin:

— ¿Es usted el caballero que le compró fósforos a mi hermano Sandie?

— Sí.

— Pues entonces, aquí tiene usted cuatro peniques de la vuelta del chelín. Sandie no ha podido venir. Le atropelló un carro y le quebró las piernas al ir por el cambio. Perdió la gorra, los fósforos y la moneda. El médico dice que morirá sin remedio. Y aquí tiene usted todo lo que puedo volverle del chelín.

Dicho esto, puso el muchacho los cuatro peniques sobre la mesa y prorrumpió en amargo llanto. Yo tuve compasión y fuíme con él a ver a Sandie.

Vivían los dos hermanos con una mujer aficionada a la bebida que los explotaba a su sabor,

pues no tenían padre ni madre. El pobre Sandie estaba tendido sobre un montón de harapos con las piernas quebradas. Me conoció y me dijo:

— Caballero; ya volvía con el cambio cuando me atropelló el carruaje y me quebró las piernas. Me muero sin remedio. ¿Qué será de mi pobrecito hermano?

Acaricié entonces al infeliz y le prometí no desamparar a su querido Rubén. Me comprendió el moribundo, y como si en la última mirada envolviera la gratitud de su alma, se le apagaron para siempre los ojos.»

Este infeliz muchacho, a pesar de su desnuda miseria, atesoraba en su corazón las celestes cualidades de honradez, nobleza y sinceridad de que tal vez carecían los causantes de su muerte.

Cuando el pánico bursátil de 1857, en Nueva York, reuniéronse los directores de los Bancos para tomar providencias que lo contuviesen, y al preguntarse entre ellos cuántos fondos había retirado el público aquel día, dijeron unos que el cincuenta y otros que el setenta por ciento; pero Moisés Taylor, director del *Banco de la Ciudad*, declaró que había aumentado las imposiciones en setenta mil dólares. Debióse tan extraño contraste a que el escrupuloso carácter de Taylor infundía tal confianza en las gentes, que retiraban sus fondos de los demás Bancos para colocarlos en el suyo.

Durante la epidemia de fiebre amarilla que afligió a Memfis, la Junta de Sanidad no sabía en dónde reclutar enfermeros, cuando se presentó al médico de guardia un hombre de facciones groseras y andares torpes, quien le dijo:

- Desearía colocarme de enfermero.

El médico le miró de pies a cabeza, indujo de la inspección que no servía y le dijo:

— No le necesito a usted.

El hombre repuso insistentemente:

— Deseo colocarme de enfermero. Pruébeme usted una semana. Si no sirvo, me despide y me paga el salario.

Muy bien; le tomaré a usted, aunque, en verdad, no estaba dispuesto a ello.

El médico formó mental propósito de no perder de vista al nuevo enfermero, quien, contra toda sospecha, demostró que no necesitaba vigilancia alguna, pues en pocas semanas llegó a ser uno de los más valiosos de aquella heroica hueste por lo abnegado e incansable. Siempre se le veía en los lugares donde con mayor intensidad arreciaba la epidemia. Los enfermos le adoraban y veían en su basta faz el rostro de un angel.

Pero los días de cobro era tan extraña su conducta, que la Junta de Sanidad mandó seguirle los pasos y le sorprendieron una noche echando todo su salario en el cepillo de la colecta pública

para las atenciones sanitarias. Poco después cayó enfermo y murió del azote; y al disponer el cadáver para la anónima sepultura, pues nunca quiso declarar su nombre, se descubrió que era un presidario marcado en el brazo con hierro candente.

Es muy digno de atención que en esta nuestra época, tan afanosa de lucro monetario, tengan más notoriedad social y de ellos se ocupen con mayor encomio los periódicos, el autor dramático, el artista fecundo y el intelectual científico, que los opulentos millonarios. Tal vez derive esto de la maligna influencia de la ambición de riquezas materiales y los benignos resultados de los desinteresados esfuerzos intelectuales, porque, por lo general, cada éxito en el mundo bursátil significa la ruina y miseria de centenares de antagonistas, al paso que todo éxito en el mundo mental y moral redunda en auxilio y provecho de la sociedad. El carácter es la marca indeleble de toda labor, que determina la valía de quien la lleva a cabo.

Todos confiamos en los hombres de carácter cuyo famoso nombre entraña mágicos poderes. Teodoro Parker decía que un Sócrates era más valioso para una nación que muchos estados tan extensos como la Carolina del Sur.

Según Juan Russell, los partidos políticos de Inglaterra solicitan el concurso de los hombres

de talento, pero siguen el camino que les trazan los hombres de carácter.

Es posible calcular la eficacia de una máquina tan fácilmente como se determina la temperatura de un aposento; pero ¿quién será capaz de medir la energía potencial de un hombre de recio carácter? ¿Quién apreciará la influencia de un solo niño en el carácter colectivo de toda una escuela? Tradiciones, usos y costumbres escolares se han alterado a veces por el influjo de alumnos de vigoroso carácter que, en su modesta, pero importantísima esfera de acción, fueron como locomotoras que tras sí arrastran los pesados vagones de un tren.

Durante la famosa retirada del gran ejército por las nevadas estepas, un general que había sabido infundir en los soldados la energía de su carácter, cobijóse en un arruinado establo, donde su gente, rendida de cansancio, hambre y frío, se tendió para pasar la noche. Al amanecer, despertó el general reanimado por el sueño y llamó a los soldados, sin recibir respuesta. Todos estaban muertos de frío y sus cadáveres cubiertos de nieve. Se habían despojado de los capotes para abrigar con ellos a su general y salvarle la vida a costa de la suya.

Según la mitología, el rey Midas impetró de los dioses la gracia de convertir en oro cuanto tocase, pues de este modo sería completamente fe-

liz. Le fué concedida la solicitada gracia; pero amargamente se arrepintió cuando las ropas, los manjares, las bebidas, las flores que arrancaba y aun su propia hija al besarla se convertían en el amarillo metal. Así supo que hay cosas de muchísimo más valor intrínseco que cuanto oro pueda extraerse de las entrañas de la tierra. La madre de los Gracos llamó a sus hijos para que se presentaran ante la señora de Campania, que había manifestado deseos de ver sus joyas. La respuesta fué digna de la hija de Escipión el Africano y esposa de Tiberio Graco, porque el producto más valioso de un país es la miés humana.

El valor de un hombre debe estimarse por sus actos y no por sus riquezas; y así decía Voltaire que sólo eran grandes hombres los bienhechores del linaje humano.

«La educación es la deuda que la generación presente tiene contraída con la futura.» Tal era el lema de un sobre sellado que hubo de abrirse en Danvers (Massachusetts) cuando las fiestas del centenario. Contenía el sobre un cheque de veinte mil dólares para fundar una biblioteca y un colegio en aquella ciudad, y lo enviaba el un tiempo niño andrajoso y a la sazón millonario banquero, Jorge Peabody. Años después, en ocasión de habérsele agasajado con un banquete, donó ciento cincuenta mil dólares al instituto de

su fundación, diciendo: «El que sin desviarse jamás permanece firme en la fidelidad y avanza en derechura, manteniendo íntegro su honor, alcanza mayor grandeza que pudieran darle los éxitos mundanos».

La honradez integérrima de A. T. Stewart le aquistó sólida reputación al par que saneada fortuna. En su primera juventud fué maestro de escuela con el sueldo de treinta dólares mensuales, y años más tarde poseía cuarenta millones bien ganados.

El 2 de septiembre de 1792 el populacho parisién invadió las cárceles públicas sediento de sangre de nobles y clérigos, que cayeron como espigas ante la hoz del segador. Pero en medio de aquella sangrienta bacanal, un descamisado, de nombre Mounot, reconoció entre los presos al abate Sicard, que había dedicado toda su vida a la enseñanza de los sordomudos, y dirigiéndose a los enfurecidos matadores, exclamó: «Deteneos y no toquéis ni un cabello de este buen ciudadano. No lo conocéis, pero yo os digo que es el abate Sicard, el padre de los sordomudos, uno de los hombres más útiles y beneficiosos a su país. Las turbas no sólo contuvieron su furiosa acometida, sino que, levantando en vilo al abate, lo condujeron a su casa en triunfo por las calles. Contra el furor de aquella desencadenada tormenta po-

pular prevaleció vencedora la firmeza de carácter. ¿Cabe llamar hombre afortunado al que en su cara de perro dogo delata el egoísta proceder de siempre tomar y nunca dar con que acaudaló sus riquezas? ¿No leemos en las ceñudas líneas de aquel sombrío rostro la desgracia de huérfanos y viudas? ¿Es posible decir de un hombre que lo debe todo a sí mismo, cuando ha labrado su posición a costa de los demás y se ha enriquezido con la pobreza ajena? ¿Puede ser feliz quien siempre va tan avaro de ganancia como lobo hambriento? ¡Cuán raras veces resplandecen la dulzura, la serenidad y la simpatía en el semblante de los hombres a quienes el mundo tiene por afortunados! La naturaleza delata en el rostro y en la actitud los sentimientos que gobiernan el corazón.

No merecen la corona de honor los fracasados, y ciertamente fracasa el que sólo vive para comer, beber y ganar dinero. La sociedad no allega beneficio alguno de su vida, porque jamás enjugó una lágrima ni reanimó un hogar desmantelado y frío. Su corazón no tiene más dios que el oro.

Durante el recrudecimiento de la campaña abolicionista, la Junta de la Unión Económica de Nueva York acordó publicar en una lista negra los nombres de los comerciantes que se mostraran favorables a la esclavitud; pero la casa de Bowen y Mac-Namee declaró que esperaba continuar

vendiendo sus géneros sin necesidad de vender sus principios. La actitud independiente de estos comerciantes produjo en el país un movimiento tal de simpatía, que las gentes acudieron presurosas a comprar en el establecimiento de los que no consintieron en venderse.

Dícese que el mundo está siempre en espectativa de hombres incapaces de vender su conciencia; que se mantengan orientados hacia la honradez, como la brújula hacia el polo; que defiendan la justicia, aunque se desplome el cielo y se hunda la tierra; que sean probos e íntegramente sanos hasta el fondo de su corazón; que jamás traicionen a la verdad y den valientemente en rostro a los perversos; que no sean jactanciosos ni petulantes; que den pruebas de valor sin engreimiento; que conozcan sus asuntos y en ellos se ocupen; que no sean embusteros, tramposos ni estafadores; que sepan resistir a la injusticia y negarse a la prevaricación.

Sir Felipe Sidney cayó mortalmente herido en la batalla de Zutfen; y como sintiera sed abrasadora por la mucha pérdida de sangre, le trajeron una botella de agua; pero un soldado, también herido, miraba con tan honda ansiedad la vasija, que Sidney mandó que se la llevaran, diciéndole: «Tu necesidad es mayor que la mía». Sidney murió, y con esta hazaña grabó su nombre en la memoria de las gentes.

Florencia Nightingale nos dice que hubo soldados gravemente enfermos de disentería, cuya abnegación les llevó a olvidarse de su dolencia para ayudar a los compañeros.

El hombre que emplea su tiempo, su energía, su vida, si es necesario, por algo que no sea él mismo, por su país, su bandera o sus conciudadanos, cumple una obra mucho más cristiana que el asceta con sus ayunos y mortificaciones. Dice Emerson que cuando lord Chatham pronunciaba un discurso, advertían los oyentes en el conjunto de su persona algo más insinuante y sugestivo que sus palabras. Asimismo se le achaca a Carlyle no haber podido dar a la figura de Mirabeau todo el relieve de su genio con el relato de sus acciones. Los Gracos, Agis, Cleomenes y otros héroes de Plutarco no igualaron con sus hechos a su fama. Sir Felipe Sidney y Sir Walter Raleigh son figuras de grandeza superior a sus actos. Las hazañas de Washington no le dan ni la más mínima parte de su personal valía. La autoridad del nombre de Schiller excede a sus obras. Esta desigualdad entre la nombradía y la actuación no debe explicarse diciendo que el fulgor del relámpago es más extenso que la chispa de que proviene, sino considerando que en todos aquellos hombres existía algo que engendraba una espectación superior a toda su obra. La mayor parte

de su energía estaba latente. Por esto llamamos carácter a la fuerza almacenada que actúa directamente por acción de presencia y sin necesidad de medios de actualización. Lo que otros llevan a cabo con su talento o elocuencia, el hombre de carácter lo realiza por influjo magnético. La mitad de su fuerza la mantiene en depósito. Logra los triunfos merced a su intrínseca superioridad y no por la fuerza de las bayonetas. Vence porque su sola presencia altera los acontecimientos.

Hay personas que triunfan antes de hablar y ejercen una influencia de mucho superior a su actuación, de modo que las gentes se preguntan cuál es el secreto de su poder sobre los hombres. Nunca ejerció César tan decisiva influencia en el pueblo romano como al caer sobre el pavimento del Senado, herido de muerte por los puñales asesinos cuyas hojas eran otras tantas lenguas que abogaban por la víctima.

Del general Sheridan se dijo que de tener una regla de conducta hubiese gobernado el mundo. ¡Cuán pocos jóvenes se percatan de que su éxito en la vida depende más bien de lo que son que de lo que saben! El carácter, no la intriga, elevó a Washington y Lincoln a la presidencia de la república norteamericana. En cambio, Webster pujó muy alto por ella a costa de su honra y de sus primeras convicciones. Al oir un colono que

Webster había perdido la elección, exclamó: «El Sur nunca pagó a sus esclavos».

¿Qué regla de conducta es esa a que Webster y Napoleón faltaron? ¿No es la imperecedera lealtad al más elevado ideal que tuvo hasta hoy el mundo? Esto es lo que respetuosamente admiramos en los varones fuertes de arraigadísima convicción, cuyo carácter es lo suficientemente entero para mantenerse erguidos como robles, cuando el torbellino arrasa todo lo que les rodea.

Ofreció el sultán de Turquía su valiosa protección al desterrado Kossuth si abrazaba la fe mahometana, y respondióle el patriota: «Nunca he titubeado entre la muerte y la ignominia. Aunque he sido gobernante de un pueblo generoso, no tengo fortuna que legar a mis hijos; pero lo prefiero así a dejarles un nombre deshonrado. Tengo las manos vacías, pero limpias».

En cierta ocasión, hubo de presentarse el Petrarca ante un tribunal en calidad de testigo, y se disponía a prestar juramento, cuando los jueces le dijeron que, por la confianza que tenían en su palabra, le dispensaban de él.

A Hugo Miller le ofrecieron el cargo de cajero en un importantísimo Banco; pero rehusó diciendo que entendía muy poco de cuentas y no le era posible presentar quien le fiase. El director del Banco le respondió que no le exigía fianza alguna, pues le bastaba con conocerle, aunque Miller ignoraba que ya de antes le conociese. Esto consiste en que nuestras cualidades se muestran siempre a la observación de los capaces de aquilatarlas, nos demos o no cuenta de ello.

Cuando los príncipes de Italia instaban al marido de Victoria Colonna a que abandonase la causa del rey de España, con quien le ligaban lazos de fidelidad, la célebre romana le escribió diciendo: «No te olvides del honor, que te alza por encima de los reyes. Por el honor y no por títulos brillantes se adquiere la gloria, que será tu dicha y orgullo al legarla sin mancilla a tus descendientes».

El presidente Lincoln, no obstante su altísima dignidad, era sujeto de burla en los entonados salones de la aristocracia europea, y los periódicos satíricos ridiculizaban en punzantes caricaturas la tosquedad y ordinariez de aquel patán doctorado en leyes. Los políticos se extrañaban de la sencillez de sus disposiciones presidenciales y le inducían a redactarlas con mayor ceremonia; pero Lincoln replicaba invariablemente: «El pueblo ya las entenderá». En el mismo Washington le satirizaron con punzantes caricaturas, y al enterarse de tan tremenda chacota se preguntó: «Bien, Abrahán Lincoln, ¿eres un hombre o eres un perro?» Al recibir el desaire de Fredericksburgo,

exclamó: «Si fuera del infierno hay hombre que sufra más que yo, le compadezco». Pero el formidable corazón de la masa popular latía sincrónicamente con el suyo. Los pobres tejedores de las fábricas europeas tocaban las consecuencias de la escasez de algodón; pero nunca solicitaron de sus gobiernos que rompieran el bloqueo decretado por Lincoln, pues simpatizaban con él.

De nadie como de Lincoln pudo decirse con razón tan sobrada, que la naturaleza se irguió para ofrecerlo al mundo y exclamar: «Aquí hay un hombre».

Siempre trabajó Lincoln en definir su carácter con tal escrupulosidad, que sus colegas le calificaban de «perversamente honrado». Nadie lograba inducirle a defender contra razón una causa ni a persistir en la defensa de la que luego de comenzada tuviese por injusta. En cierta ocasión le encargó una señora el estudio de un pleito y entrególe por adelantado doscientos dólares. Examinado el caso, devolvió el dinero a la cliente, diciéndole:

— Señora, no le queda a usted ni una alcayata de donde colgar su pleito.

La señora replicó entonces:

— Pero usted tiene bien ganado ese dinero.

A lo que repuso Lincoln:

— ¡Oh! no; fuera injusticia. Yo no cobro nunca honorarios por cumplir con mi deber.

Hay en la vida del hombre algo más grande que su actuación profesional y que sus proezas; algo superior a la riqueza y al talento; algo más duradero que la fama. Hombres y naciones cifran su esperanza en la educación, en la cultura, en las refinadoras influencias de la civilización; pero estos elementos no podrán nunca de por sí engrandecer ni salvar a un pueblo. El arte, el lujo y la degradación han sido buenos camaradas en el curso de los siglos. El carácter es la única fuerza que actúa por su propia virtualidad en el mundo. Podrá tener un hombre escasa cultura, deficiente habilidad, pobreza material y modesta posición social; pero si su carácter es firme, recio y entero, derramará decisiva influencia en su derredor.

Una acción noble, recta y justa es como pulsada cuerda cuyas vibraciones se propagan por todo el universo, conmueven los corazones, rinden los entendimientos, invaden los mundos y dilatándose por el infinito llegan al seno mismo de Dios.

Preguntaba Luis XIV a Colbert cómo, a pesar de ser rey de la vasta y populosa Francia, le había sido imposible conquistar un tan pequeño país como Holanda. El ministro respondió: «Porque la grandeza de un país no depende de la extensión de su territorio, sino del carácter de sus habitantes».

Cuéntase de Franklin que reformó las costumbres de toda la dependencia de un almacén de Londres. Ariosto y Ticiano se inspiraron uno en otro con mutuo ensalzamiento de su gloria. Así dice un escritor: «Dime a quien admiras y te diré quién eres». La lectura de un libro o la contemplación de una obra de arte nos identifica con el pensamiento del autor. ¿Murió Miguel Angel? Preguntádselo a los centenares de miles que con arrobado ánimo admiraron sus obras en la ciudad cesárea. Miguel Angel vive y reina en miles de espíritus. ¿Murieron Washington, Lincoln y Grant? Nunca estuvieron tan vivientes como hoy día, pues ¿qué corazón o qué hogar americano no es relicario de su memoria? ¿Cómo fuera posible imaginarnos el Egipto sin Moisés, Babilonia sin Daniel, Atenas sin Demóstenes, Fidias, Sócrates y Platón? ¿Qué hubiera sido Cartago sin Aníbal? ¿Qué Roma sin César, Cicerón y Marco Aurelio? ¿Qué sería París sin Napoleón y Víctor Hugo? ¿Qué Inglaterra sin Newton, Shakespeare, Milton, Pitt y Gladstone?

Durante los siglos en que yació Italia sepultada bajo la losa de la dominación extranjera, el nombre del Dante fué consigna de patriotas, en cuyo cerebro resonaban los vehementes acentos de Cicerón, de los Escipiones y los Gracos. Decía a este propósito lord Byron: «Los italianos hablan hoy del Dante, escriben sobre el Dante y

piensan en el Dante tan copiosamente, que sería ridículo si en verdad no mereciese admiración». En la degenerada Grecia no se ha extinguido la influencia moral y mental de los colosos de su edad de oro, cuya memoria vibra todavía a través de la tierra helénica y viven en las regiones del pensamiento más robustamente que cuando alentaron en la carne.

Nuestras mentes están modeladas por la combinada influencia de los muertos, tan poderosamente como por la de los vivos. Nuestras creencias están santificadas por la abnegación de los mártires a cuyos sufrimientos acompaña y cuyas persecuciones ennoblece nuestra simpatía. Nuestras acciones son, por su ejemplo, tales cual sentimos que hubiera sido el ideal realizado en las suspiradas condiciones. Como dice el poeta:

> Aunque disperse el viento las cenizas del que con su espada o con su voz sirvió al linaje humano, ¿ha muerto aquel cuya gloriosa mente eleva la tuya? Vivir en el corazón de la posteridad no es morir.

Una vida rastrera y sin ideal deja su nefasta huella en el carácter tan hondamente como el estigma que Dios puso en el rostro del culpable Caín. Pero, en cambio, hay hombres en quienes confían hasta los perros de la calle.

Nos parecemos a esos insectos que toman el

matiz de las plantas de que se alimentan, pues tarde o temprano nos identificamos con el alimento mental que recibimos y con los seres a quienes amamos. Cada acción nuestra, cada palabra, cada pensamiento, quedan escritos con acerada pluma en la íntima contextura de nuestro ser. El espectro de las desperdiciadas coyunturas, del tiempo malgastado, se alzará sin desvanecerse para apostrofarnos. Mucho cuesta aprender que cada cosa engendra su semejante; que una bellota se convierte en roble; que siempre se juntan las aves de un mismo plumaje; que los seres y las cosas afines acaban por identificarse, comunicándose recíprocamente sus propiedades. La compañía de los buenos engendra el bien y la de los malos el mal. No importa que la compañía sea silenciosa, secreta y tenebrosa, porque sus resultados aparecerán más o menos tarde en nuestro semblante y en nuestra conducta. Los ídolos del corazón se asoman a nuestros ojos, se descubren en nuestros modales y traicionan a sus adoradores. Nuestras amistades, nuestros amores, odios, luchas, triunfos, derrotas, disipaciones, anhelos, intrigas, honras y deshonras dejan sus indelebles huellas en las ventanas del alma que al mundo entero las pregona. Los corazones negros cubren el rostro de negras sombras que todo esfuerzo es incapaz de disipar. El semblante del disoluto es

como siniestro panorama en que se reflejan la taberna, el lupanar, los compañeros de crápula, las escenas repugnantes, las incitaciones pasionales, las luchas por la victoria, las resoluciones quebrantadas, los penosos vencimientos. Pero ¡cuán gloriosamente resplandece el semblante del que venció la tentación y disciplinó sus fuerzas en la lucha por el propio perfeccionamiento! Para mí es verdaderamente grande el hombre que me redime de la esclavitud en que me aprisionan las influencias circundantes, que desata mi lengua y abre las puertas de mi actuación. Este hombre es como una lente para mi defectuosa vista, porque ve las cosas con luz más clara, dilata mis horizontes y reduplica mis posibilidades. Mis nervios se estremecen con acrecentada energía. Todo mi ser vibra al recibir la magnética corriente de otra alma. La cólera engendra cólera y el odio engendra odio, porque toda pasión es contagiosa. Sucede a veces que si los actores apesadumbrados o de mal humor han de representar un papel alegre o jocoso es tan poderosa la influencia sugestiva, que al punto se les altera la disposición de ánimo de conformidad con el carácter del personaje.

Dice Emerson:

El carácter no puede disimularse. Los ladrones nunca se enriquecen; las limosnas a nadie empobrecen; las paredes delatan a los criminales. La más leve mentira, un

tinte de vanidad, la afectación del bien parecer, os pondrán instantáneamente en evidencia; pero hablad la verdad sincera y de todos recibiréis inesperado estímulo.

Mientras Voltaire escribía su *Historia de Luis XIV*, le dijo a un amigo:

Al pediros anécdotas de la época de este monarca, no me refería yo precisamente a su persona, sino más bien al espíritu predominante en su reinado. Yo hubiese preferido pormenores de Racine, Boileau, Sully, Molière, Lebrun, Bossuet, Poussin y Descartes, a la descripción de la batalla de Steinkirk. De los que mandan ejércitos y armadas sólo queda el nombre; pero los genios preparan puros y duraderos deleites a las generaciones por nacer. Un canal que enlace dos mares, una tragedia conmovedora, una verdad descubierta son mil veces más valiosos que todas las crónicas cortesanas y todos los relatos de la guerra. Ya sabéis que para mí los genios van a la cabeza y detrás de ellos los héroes. Pero llamo genios a los que sobresalen en lo útil o en lo agradable. Los asoladores de países son para mí los héroes.

En la tumba de un monarca egipcio que floreció hace catorce siglos, se leía este epitafio:

No dañé a los niños ni oprimí a las viudas ni maltraté a los zagales. No hubo mendigos en mis días ni un hambriento en mi época. Goberné de manera que la viuda no echase de menos al marido.

¿Qué gobernante podría decir con razón otro tanto en nuestra época?

ADICIÓN DEL EDITOR

Vulgarmente se entiende por carácter la índole moral de un individuo; pero en su acepción psicológica es el carácter la suma algébrica de cualidades que latentes trae consigo al mundo todo ser humano.

El hombre de carácter hermana sintéticamente el talento con la virtud, la bondad con la sabiduría, la razón con el sentimiento y la convicción de las propias ideas con el respeto y tolerancia de las ajenas.

El carácter, como el genio, no es fruto exclusivo de tal o cual tierra; pues en todas las naciones florecieron hombres cuya excelencia de carácter les elevó a las altezas del prestigio sobre los demás.

Entereza de carácter demostró toda su vida la reina Isabel de Castilla, que con varoniles gallardías se mantuvo al frente del ejército en la memorable campaña contra los moros, cuyo término feliz fué la toma de Granada. Durante el cerco de Baza, revistó la reina al ejército sitiador ante los muros de la ciudad sitiada, desde cuyas almenas contemplaba el gobernador sarraceno el curioso espectáculo, y tan prendado quedó de la valentía de la soberana de Castilla, que diputando por inútil la resistencia, entregó las llaves de la ciudad, rendido más bien a la influencia de aquella animosa mujer, que a la expugnación de las armas cristianas.

El capitán del regimiento de Málaga, don Vicente Moreno, convertido en guerrillero después de aniquilado su regimiento en los pasos de Sierra Morena, cayó prisionero de los franceses en el recio combate sostenido en la madrugada del 2 de agosto de 1810. Conducido a Málaga y condenado a muerte en horca, prometióle el general Bertrand la libertad y la